

NOTA DE LA REDACCION: Este Boletín ya estaba impreso cuando sucedieron los hechos conocidos mundialmente en el Palacio de Justicia en Bogotá. Dada su importancia, se adiciona este suplemento.

TOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

POR LA VERDAD

Comunicado del Mando Central del Movimiento 19 de Abril, M-19

Simplemente que se hiciera evidente la verdad: eso era todo lo que exigían los guerrilleros del M-19 en el Palacio de Justicia de Bogotá. Y por la verdad entregaron heroicamente sus vidas.

Su petición era la publicación de documentos oficiales, mantenidos ocultos por el gobierno, que contienen la verdad sobre la ruptura del proceso de paz. Tan responsabilizados salen Betancourt y su Ejército que el Presidente colombiano prefirió sacrificar a sangre y fuego a decenas de personas, antes que acceder a su difusión, en un holocausto propio de las peores dictaduras.

En el discurso con el cual intentó justificar la masacre, el Presidente habló de paz. Que no ose volver a pronunciar esa palabra, porque hoy ha quedado claro ante el mundo que su paz es la paz de los sepulcros.

Betancourt trató de tapan la sangre con sangre, trató de borrar la verdad con fuego. La verdad silenciada y la sangre de los caídos claman justicia; no hay sitio en el mundo en el cual pueda escapar Betancourt de su conciencia ni de la justicia de Dios y de los hombres.

Mando Central del M-19
Noviembre, 7 de 1985

POR QUE PASO

**Antecedentes a la toma del Palacio de Justicia.
Que pasó allí.**



Ante los Magistrados, el M-19 quería exponer documentos oficiales, mantenidos ocultos por el Gobierno, que responsabilizaban a éste de ahogar en sangre el proceso de paz

Cuando los 35 guerrilleros del M-19 tomaron el Palacio de Justicia de Bogotá, el 6 de Noviembre, lo hicieron sin ánimo ninguno de agredir a los Magistrados de la Corte Suprema, sino por el contrario, por considerar que era ese el lugar más respetable y representativo para exigir que se hiciera justicia.

Los Magistrados eran juristas respetados y democráticos, y a través de ellos el M-19 quería llamar a la nación y al mundo a un juicio contra el Gobierno por el incumplimiento de los acuerdos de paz.

Desde el momento en que Belisario Betancourt empezó a hablar de paz, tras su posesión en la

Presidencia, los militares colombianos pusieron en marcha un plan para exterminar al M-19, y empezaron a hacerlo aprovechando la actitud pacífica de la guerrilla en tregua. El dirigente Carlos Toledo Plata fue asesinado cuando se dirigía, desarmado, a presidir un acto público y legal. Precisa-

mente el día en que se dirigía a firmar el acuerdo de paz, Carlos Pizarro, miembro del Comando Superior, fue víctima de un complot de la Policía para asesinarlo, del cual salió vivo, pero herido. Decenas de militantes que salieron a realizar el trabajo legal fueron detenidos, algunos de ellos desaparecidos. Nunca cesó el Ejército de atacar los campamentos del M-19, aunque estos habían suspendido toda acción armada. En diciembre del 84 las tropas mostraron un cerco de 7 mil hombres alrededor del campamento de Yarumales, y atacaron con aviación, infantería y artillería durante 26 días, sin lograr rendirlo. Más adelante otro integrante del Comando Superior, Antonio Navarro Wolff, quien había salido a la legalidad para actuar como representante político, desayunaba junto con cinco compañeros de la dirección del departamento del Valle, desarmados, en el centro de la ciudad de Cali, cuando un miembro del Ejército Nacional les arrojó una granada que no los mató, pero que estuvo al borde de hacerlo.

En el momento en que el M-19 denunciando que detrás de la política de paz de Belisario Betancourt se movía el propósito e exterminar a su movimiento declaró que respondería ofensivamente a las agresiones de un Ejército y un Gobierno que habían violado la tregua, ya había tenido que soportar estas y otras muchas agresiones, sin que jamás se concluyera una investigación oficial que diera con los culpables, sin que jamás el presidente Betancourt se pronunciara para condenarlas, sino por el contrario, para expresar su anuencia frente a los actos del Ejército.

Esto era lo que quería enjuiciar el comando guerrillero que tomó el Palacio de Justicia. Ante los Magistrados quería exponer documentos oficiales, mantenidos ocultos por el gobierno, que respon-

sabilizaban a éste de ahogar en sangre el proceso de paz, y a partir de esos documentos, abrir un juicio ante la nación. Todos los intentos hechos anteriormente por las vías legales para que tales documentos se hicieran públicos habían fracasado, a pesar de que esta petición era levantada no sólo por la guerrilla, sino también por varias personalidades democráticas. Los voceros oficiales se habían limitado a contestar que no se haría, porque esas actas no tenían el suficiente "distanciamiento histórico frente a los hechos", desconociendo el hecho de que en ellas residía el único mecanismo de verificación con que había contado el proceso, y de que habían sido levantadas por las diversas Comisiones de Paz nombradas por el propio gobierno a manera de testimonio, sobre las violaciones a la tregua.

Antes que permitir que la verdad saliera a luz, el Presidente y su Ejército prefirieron asesinar, en un pavoroso holocausto, a 41 civiles, 12 magistrados y 35 guerrilleros, en una operación de exterminio que por su salvajismo no tiene antecedentes en el continente. Después de que el comando del M-19 resistió heroicamente, durante 27 horas y en medio del fuego, la acción de tres mil soldados, estos por fin lograron penetrar, y, obedeciendo la orden de no dejar ningún guerrillero con vida, ni ningún sobreviviente que pudiera dar testimonio ante el mundo de tanto horror, fusilaron indistintamente a todos los que aún permanecían en pie.

Allí murieron, masacrados por orden del Presidente, hombres de la talla democrática y humana de Alfonso Reyes, Presidente de la Corte, quien le pidió insistentemente a Betancourt, en un llamado que alcanzó a ser transmitido por las emisoras de radio, que ordenara un cese al fuego que permitiera negociar. Betancourt no

quiso atender siquiera su pedido de pasar al teléfono para comunicarse con él.

Los dirigentes guerrilleros que hicieron valer su condición de soldados de Bolívar llevando hasta el final su decisión de vencer o morir, fueron Luis Otero Cifuentes, bogotano de 40 años, antropólogo y sociólogo, fundador del M-19 y miembro del Comando Superior, era un hombre tranquilo y reflexivo, experto en operaciones especiales, quien planificó, junto con Jaime Bateman, la toma de la Embajada de la República Dominicana en Bogotá en 1980, la cual constituyó un gran triunfo político y militar.

Con él estaba Andrés Almarales Manga, nacido en Ciénaga, Magdalena, hacía 53 años, abogado, fundador del M-19 e integrante de su Comando Superior, miembro del Parlamento entre 1968 y 1972, era un prestigioso dirigente sindical y uno de los mejores oradores del país. Formó parte de la Comisión del Diálogo Nacional durante la tregua.

El tercer dirigente muerto era Alfonso Jacquín, de 33 años, abogado y profesor universitario de Barranquilla. Era el miembro más joven del Comando Superior del M-19. Brillante y fogoso dirigente de masas en la Costa Atlántica colombiana, formó parte de la Comisión de Diálogo Nacional.

Guillermo Ruiz Gómez, caleño de 38 años, sociólogo, era miembro del M-19 desde 1973 y formaba parte de su Dirección Nacional.

El día que en Colombia aparecen luminosas la verdad y la justicia, podremos decir que la sangre de todos ellos, civiles, magistrados y guerrilleros, no fue derramada en vano.

EL VERDADERO BELISARIO

El Presidente colombiano muestra su cara de héroe de la violencia oligárquica

Los hechos trágicos del Palacio de Justicia en Bogotá le mostraron al mundo los niveles que alcanza la violencia oficial en Colombia, que para millones de personas fueron una horrible sorpresa, pues sólo conocían la cara de exportación de la política del Presidente Belisario Betancourt, quien habla de paz al mismo tiempo que avala las masacres de su Ejército.

Detrás del ramo de olivo, de la paloma blanca y de la montaña de retórica pacifista, la prioridad central en la política interna del régimen colombiano es la destrucción de la guerrilla, hecho que Betancourt reconoció abiertamente en un discurso pronunciado el 20 de julio de 1985 ante el Parlamento, en el cual afirmó que *"La finalidad última y esencial que el Gobierno ha perseguido cuando trata con la subversión es procurar su desarme, en todos los sentidos de la palabra: su desarme político, su desarme moral, su desarme material"*.

Si en algo se equivocó el M-19 al efectuar la toma del Palacio, fue en la apreciación del grado de brutalidad al cual podía llegar Betancourt para cumplir su voluntad de exterminar al movimiento armado. Todos los análisis se quedaron cortos: se decía que Betancourt se parecía cada vez más a su antecesor, el represivo Julio Cesar Turbay, pero la verdad era que Betancourt era peor que Turbay. Detrás de las llamas y la sangre del Palacio de Justicia, se quemó su máscara de humanista inteligente y de hombre de paz, y apareció su verdadera cara de héroe de la violencia oligárquica.

Todo esto tenía antecedentes. En los primeros años de la década del 50, durante "La Violencia", Belisario hizo su formación política militando en los grupos fascistas que acompañaron a Laureano Gómez.

En 1965, siendo Ministro de Trabajo del Presidente Valencia, ordenó disparar contra una huelga de obreros cementeros de Santa Bárbara, con un saldo de nueve trabajadores muertos. Para limpiar su imagen, Betancourt se retiró de todo cargo público, esperando que la memoria del país se olvidara de las víctimas. Ya en la Presidencia, durante el proceso de paz, siempre se lavó las manos ante el público, de las permanentes violaciones de los militares a la tregua, mientras que tras bambalinas le dió el aval. En esto fue tan hábil que supo hacer que fueran sus ministros de Gobierno y de Defensa quienes encararan la política represiva, mientras él pronunciaba poéticos discursos de paz que conmovían al mundo. Tan lejos supo llevar su doble manejo que hasta consecuentes defensores de la paz, llevándose las manos a la cabeza, tratando de entender porque la "paz" en Colombia se vivía en medio de ríos de sangre, llegaron a decir que tenía que ser que el Presidente no estaba informado de la verdad, y que operaba sobre la base de las mentiras que le contaban. Mientras ardía el Palacio de Justicia y adentro moría un centenar de personas, miles de colombianos volvieron a pensar que los militares se le habían salido de control al Presidente. Por eso quedaron atónitos cuando, después del holocausto, Betancourt apareció en televisión diciendo que asumía toda la responsabilidad de lo sucedido: repitiendo, como si nada, su frase de cajón: *"El proceso de paz continua inalterable"*, y colocando al país ante la disyuntiva de apoyo a él o el caos, cuando acababa de quedar patéticamente claro que el caos es él.

<http://www.oigahermanohermana.org/>